

educados en la piedad del Evangelio y en los buenos sentimientos de la naturaleza, saben, que se prestan juramentos que nunca se olvidan, y labran la felicidad no interrumpida de la vida. Para esos hablo; á los otros les dejo con su conciencia, juez con quien no quiero ahora discutir.

Pero, observadlo bien, hermanos míos, en esa unidad, en esa indisolubilidad no hay monotonía ni hay impotencia y límites. Por el contrario, en la familia hay expansión de la unidad; hay rejuvenecimiento, inmortalidad é indisolubilidad. La familia, el afecto, en la familia se abre; la familia se rejuvenece en el hijo, mientras vosotros envejecéis, mientras, buscando en vuestros ojos lo que ántes encontrabais en ellos, con la ingenuidad de la certidumbre, os dais el testimonio de que ya no sois lo que habeis sido, de que ya no sois capaces de producir los encantos que habeis producido. Entonces dirigís vuestras miradas al hijo y le veis crecer. Las gracias de la belleza, de la castidad y de la inocencia se desarrollan en él, y en tanto que vuestro cuerpo se inclina al sepulcro, vuestro amor resucita joven é inmortal, por ese fruto de vuestro casto afecto. Así, pues, la unidad, la indisolubilidad no es estéril y monótona; y hasta en el niño, que no es padre, ni madre, vemos, empero, al padre, á la madre; vemos también la unidad y la indisolubilidad. Tal es la familia.

Sin embargo, ¿basta el corazón solo? ¡Ojalá! Sí, ¡ojalá! pues si el corazón bastase para la familia, seríamos muy felices; pero en la tierra no nos es dado alcanzar tamaña dicha. El corazón es lo primero, pero no lo es todo; el corazón se inclina á los sentidos, á la pasión, esto es, á lo que de suyo es esencialmente mudable y perecedero. Cuando descendemos de la noción esencial del afecto á la realidad, hemos de confesar, que no somos capaces de decirnos á nosotros solos y para siempre, «que amemos con unidad é indisolubilidad.» ¡Ah! no necesito demostrarlo. Ya sabéis que la humana sociedad es un teatro trágico de pasiones; pasiones que tienen tan buen principio y tan terrible fin. Las lágrimas acerbadas del hombre, hermanos míos, están en esa parte; nuestras grandes amarguras, nuestro llanto más doloroso, lo ha hecho derramar el sentimiento del afecto en el seno de la familia. ¿Por qué? porque nuestro corazón es pequeño, inconstante, y no puede bastar á realizar lo que constituye verdaderamente la familia en su estado perfecto, la unidad real, la indisolubilidad cierta y duradera. Así es, que el hombre, sintiendo su debilidad, ha llamado siempre en auxilio de su corazón lo más extraño al mismo; la ley, la conciencia y el poder públicos. De una cosa del todo privada, como el afecto, quiso hacer una cosa social; de una cosa del

todo interna, quiso hacer una que tuviese la sanción de la autoridad pública. Contrajo los deberes de la familia en presencia de una patria: hizo voto de unidad, hizo voto de indisolubilidad; solicitó que la conciencia pública, que el poder público tomase sus juramentos bajo su protección; y en todos los pueblos de la tierra, bien que en grados diversos, según los de la civilización y de la luz católica, el poder público ha considerado como uno de sus grandes deberes y de sus manifiestos intereses, el proteger la familia, y garantir los juramentos de unidad é indisolubilidad, que son su fundamento. De suerte, que sin la ley, no hay familia. Me limito á consignarlo.

Con todo, hermanos míos, el corazón y la ley, el afecto y la patria, estas dos cosas, bien que grandes, no bastan aún para constituir verdaderamente la familia. El corazón es débil, y la ley precisamente es harto poderosa; ella ejerce aquí parte de la violencia propia de todo lo que hace. En este concepto, pues, ¿cuál es el beneficio de su intervención?... Parece que, hasta cierto punto, no respeta aquello mismo que ella quiere rodear de mayor veneración. Así es, que en todas partes, los esposos, los fundadores de las familias acuden al pie de los altares para solicitar... ¿qué, hermanos míos? la gracia de amarse, la gracia de amarse puramente, la gracia de amarse á solas, la gracia de amarse constante é indisolublemente.

En la juventud nos figuramos, que no hay parcas para los afectos; nos imaginamos, que no se necesita la gracia de Dios, que no se necesita un algo sobrenatural para amarse, ¿qué digo? para aguantarse, cuando se ha amado loca y perdidamente; pero creer, que uno puede crecer de quince á sesenta años, siempre en gracia y juventud, delante del objeto eternamente elegido, creer esto, hermanos míos, no es siquiera pensar como los paganos, pues éstos han dicho en un lenguaje magnífico, poético, inmortal, cosas inefablemente bellas sobre la fragilidad de los afectos; y no hay que esperar mucho tiempo, hermanos míos, no hay que esperar treinta ó cuarenta años, para instruirnos sobre este punto: á veces, basta un año, un día, una sola mirada. Por consiguiente, hermanos míos, el corazón, la ley y la religión forman la familia, que así posee todo lo grande y perfecto de la tierra. Y después de mostrar la tesis, si puedo valerme de esta expresión escolástica, de que la familia es el primero de nuestros bienes creados, la más santa de todas las cosas humanas, permitidme decir una palabra de nuestras miserias.

Algunos de vosotros, sin duda, contraerán pronto una familia, y algunos, há poco, que han contraído lazos sagrados. Yo les aconsejo que, en cuanto calle la palabra de Dios, se arrodillen y digan: «¡Dios mío!

yo soy jóven, bella, amada; pero conozco que no soy más que podredumbre y nada, y que tú solo puedes asegurarme que seré amada sola y siempre. Concede á tu criatura esta gran gracia.» Os aconsejo que digais eso.

Hermanos míos, la familia, nuestra primera necesidad, la más santa de las cosas creadas; la familia es atacada como todo lo demás. Dios es atacado, hermanos míos; ¿cómo quereis que la familia no lo sea también? El Evangelio es atacado, Jesucristo es atacado, los príncipes son atacados, los pequeños también. Dó quiera que convirtais los ojos, no vereis más que luchas, batallas, victorias, derrotas. Lisonjearse de que con el corazón, con la ley, con la religión, con estas tres cosas divinas, habremos establecido una cosa que esté á cubierto de los reveses de la fortuna y de las inquietudes de la voluntad humana, es quimera, es ignorancia de la vida, es incapacidad de ver lo que salta á la vista de todo el mundo.

Como Dios, pues, como Jesucristo, como el Evangelio, como el bien, como el mismo amor en su esencia, la familia es atacada, la familia tiene enemigos, la familia tiene escritores renombrados que gastan los sueños de sus días, y encadenan en palabras mágicas el poder de su pensamiento, para atacar esta cosa, que es nuestro primer bien, que no es lujo, sino necesidad, y todo lo que es santo, verdadero, sincero, eficaz para nuestra dicha. ¿Combatiré contra ellos? ¿Iré en pos de todos esos conspiradores contra la familia, en una apología ó en una polémica? No, no. Delante de estos altares, bajo estas bóvedas, en vista de las cosas que acabo de deciros, en nombre de Dios, no, no descenderé á justificar la familia, aunque no lo hubiese hecho ahora mismo. Después de tantos siglos de familia cristiana, no descenderé á combatir á los enemigos de la familia. Pero la familia tiene otros enemigos que los pintores y los novelistas; sus principales enemigos son los que olvidan la fidelidad que se juraron al pié de los altares, y dedican á otra persona sus afectos. Este desorden trae la confusión á las familias, y las ataca en su fundamento; porque se opone á la paz que debe reinar en el hogar doméstico.

Hermanos míos, permitidme terminar este discurso con las mismas palabras de S. Pablo con que le dimos principio: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in Ecclesia*. Vosotros que habeis contraído lazos sagrados, advertid, que el estado en que os encontráis, es un sacramento, y un sacramento grande, simbolizado en la unión de Cristo con la Iglesia. ¡Felices, si os amais mutuamente, como Jesús ama á su Iglesia, y esta á su divino Esposo! ¡Felices, si vuestra unión es pura, es sincera, es espiritual! Vosotros sereis, á la

vez, fundadores y defensores de la familia, y después de haber disfrutado los goces que ella proporciona en este mundo, alcanzareis la felicidad eterna, que os está preparada en el cielo, y que os deseo.

FAMILIA.

(MALES QUE LA DISCORDIA PRODUCE EN LA FAMILIA.)

II.

Stetit Jesus in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis.

Se presentó Jesús en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros.

(LUC. XXIV, 36)

Indecible por cierto hubo de ser la alegría y el júbilo de los santos apóstoles, cuando, retirados al cenáculo de Jerusalén por temor de la persecución de los judíos, vieron aparecerse súbitamente en medio de ellos al amabilísimo Redentor resucitado, el cual, después de alentarles á que desechasen todo temor, les invitó á que tocasen sus divinas manos y sus sagrados piés, se sentó con ellos á la mesa, é infundió tan radiante luz en sus entendimientos, que pudieron interpretar los más recónditos arcanos y las más sublimes expresiones de la Sagrada Escritura: *Tunc aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas*. (LUC. XXIV, 45.)

Ante todo, empero, el Hijo de Dios anunció á sus discípulos la verdadera paz, que, en su nacimiento, los ángeles anunciaron á todos los hombres de buena voluntad. Si entre los apóstoles hubiesen surgido desavenencias, no habrían emprendido con igual celo, actividad y solicitud la conversión del universo, ni se hubieran presentado ante el mundo como dignos ministros del esperado Mesías, que les había sido prometido como príncipe de la paz.

De ahí voy á tomar motivo para recordaros el grave mal, que trae consigo la discordia en las familias, y los desórdenes que importa, á fin de que os esmereis en conservar la paz y la buena correspondencia entre vosotros. A. M.

1. La discordia trae origen de la soberbia, no ménos que de la en-

vidia, dos vicios que pertenecen á los más detestables, y que por esto merecieron figurar entre los siete capitales. Y en tanto es así, como que cuando alguno, inducido en error, opina de distinto modo que los demás, y, obstinado en su propio concepto, no quiere ceder, presumiendo que los demás andan equivocados, y que solo él anda por buen camino, al momento se originan discordias y disensiones: así tambien acontece, que mal aconsejados por la envidia, llevamos con disgusto que los demás tengan más autoridad, más talento, más comodidades y gocen de mayor estima que nosotros.

Al contrario, la virtud y la caridad producen la concordia, puesto que nos prescriben amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Cuando dos personas están animadas del propio sentimiento, de procurar en todas ocasiones el honor y la gloria de Dios y el bien del prójimo, con razon debe decirse, que viven en la mayor armonía, verdadera paz y perfecta concordia, como se refiere de los primitivos cristianos, los cuales eran tan diligentes en servir al Señor y en amarse mutuamente, que parecian identificados en una sola alma y en un solo corazón: *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una.* (ACT. IV, 52.)

Podrá suceder, que algunos, en medio de su discordia, sean igualmente culpables; otras veces podrá acontecer, que el uno haya incurrido en pecado, y el otro no. Si uno, por ejemplo, pretendiese, que la familia se rigiera en el cumplimiento de sus deberes por el santo temor de Dios, y que todos los individuos atendieran debidamente á sus obligaciones, pero, al propio tiempo pretendiese otro, que todos vivieran á su libre voluntad, y de aquí se originasen desavenencias y discordias, pecaría el último, porque pretendería una cosa injusta, y no el otro, que cumple con sus deberes. Pero si de los que están en discordia, ninguno tiene por objeto la gloria de Dios y el bien del prójimo, y no piensan más que en su propia comodidad y conveniencia, ambos son culpables, en este caso. La culpa, sin embargo, debe reputarse grave ó leve, segun la mayor ó menor importancia de lo que dá margen á la discordia; y tambien segun la entidad de los efectos que de ahí se desprenden, segun la entidad de las murmuraciones, de los ódios, de los altercados y de las riñas, que se oponen grave ó levemente al amor para con Dios, y á la caridad para con el prójimo; pues así como los que viven en paz y buena armonía, representan en la tierra la viva imágen de la felicidad de los escogidos en el cielo, así los que viven en la discordia, presentan el horrible cuadro de la confusión que reina en el infierno.

2. Los padres están obligados á velar por la buena educacion de

sus hijos, y para esto les toca corregir, mandar, advertir, reprender, adelantándose, tal vez, hasta el punto de imponer un castigo material, si son estériles los consejos y las amonestaciones. Y, al contrario, los hijos están obligados á respetar y obedecer á sus padres. Á los que tienen mayor edad, como mejor instruidos por la experiencia, les toca enseñar y dar consejos; pero, en cambio, los jóvenes están en el deber de escuchar y aprender. El marido debe atender con celo al buen gobierno de la familia, y fijar en ello una atencion particular; la mujer debe cuidar de los quehaceres domésticos y cuidar de los hijos con suma cautela; y así sucesivamente.

Supongamos, pues, que por soberbia ó por envidia sucede, que en alguna casa todos quieren mandar, que la mujer se sobrepone al marido en el gobierno de la familia, que nadie se cuida de hacer economías, que la nuera trata con desden á la suegra, que los hijos, sin consentimiento del padre, siguen la ley de sus antojos; figuraos cual será la confusion y el desórden con semejantes elementos. Odios y rencores sin cuento, intrigas y villanías, murmuraciones y afrentas, pecados sobre pecados, disturbios y escándalos de los vecinos y de los parientes; desazones, miserias, y, por último, la condenacion eterna; ved aquí, hermanos, el cuadro de semejante familia, pues, segun nos enseña Jesucristo, la casa en que reina la division y la discordia, se destruye por sí propia.

Decidme, sino, ¿de qué provino la discordia que se suscitó en casa del santo patriarca, Abrahan, discordia para cuya extincion el santo patriarca no encontró otro medio, que el de despedir á su esclava Agar? Vedlo aquí. Viéndose Sara en edad avanzada y sin esperanzas de que el Señor le concediese sucesion, se acomodó á que Abrahan tomase por esposa á su esclava Agar, para que, de uno ú otro modo, hubiese descendencia en la casa y familia del patriarca. Enorgullecióse la esclava; y echando de ver, que en breve seria madre, se olvidó de su clase y condicion; y empezó á tener humos y pretensiones de ama en la casa y en presencia de su propia ama: *Concepisse se videns, despectit dominam suam* (GEN. XVI, 4).

Ved, pues, hermanos, con cuanta cautela conviene proceder. Si quereis vivir en paz, contentaos con vuestra respectiva condicion y puesto. La buena armonía y la perfecta concordia en las familias nos proporciona la mayor felicidad, aunque seamos pobres y miserables; y, al contrario, si diésemos entrada á la discordia, aunque fuésemos ricos por demás, hasta el punto de sobrnarnos todo, vendríamos muy á ménos, parando al fin en la miseria.

Tened presente, hermanos míos, el ejemplo de Absalon. Su padre,

el rey David, le amaba con ternura; ¿qué le faltaba, pues, para ser completamente feliz? Podía gozar de todas las ventajas, que proporciona á un hijo la circunstancia de ser el predilecto de su padre; y, sin embargo, la soberbia tuvo entrada en su corazón, y se atrevió á ambicionar la corona, estando vivo todavía el rey su padre. El pérfido traidor incitó entónces á los súbditos á rebelarse contra su legítimo soberano; y Absalon, miéntras trataba de quitar el reino á su padre por la fuerza de las armas, murió miserablemente, colgado de una encina, en cuyas ramas se enredaron sus cabellos, siendo víctima de los botes de lanza de sus enemigos: *Tulit tres lanceas in manu sua et infixit eas in corde Absalon* (II REG. XVIII, 14).

Echad una mirada en todas direcciones, hermanos míos, y no podreis ménos de ver á muchos, que han vuelto á infelices, despues de vivir con bastante comodidad en sus familias. Si buscamos el verdadero origen de su desgracia, veremos, que tal ó cual hermano abandonó su casa por no acomodarse á vivir con los otros; veremos, que tal ó cual nuera, para no tener que hablar con su suegra, indujo á su marido á separarse de ella; y el resultado de todas estas pequeñeces es, siempre, la discordia y la desunion de las familias.

Nunca ha habido en el mundo, ni habrá acaso jamás, otro poder tan formidable como el de los antiguos romanos. Miéntras vivieron en buena paz y concordia, miéntras no tuvieron otra mira que el interés y la gloria de la república, extendieron con tal fortuna sus conquistas, que bien puede decirse, que no habia region alguna de la tierra, entónces conocida, á donde no hubiesen llevado los romanos su dominacion personal, ó, cuando ménos, no tuviesen por tributarios á los príncipes del país. Sin embargo, luego que los magnates empezaron á disputarse el poder, y á promover discordias intestinas, fueron desvaneciéndose sucesivamente las conquistas.

Es muy cierto todo esto, me direis; pero ¿cómo es posible vivir en buena paz y armonía con una persona desagradecida, colérica, que se ofende de todo, y que por una nada se desazona é inquieta? Esmeraos, en este caso, en complacerla y en tratarla con amabilidad, para quitarle hasta el más remoto pretexto de enfado ó queja. Cuanto más os incomode y os moleste, tanto mayor empeño debeis tener en responderle con amabilidad. A veces, empero, la paciencia de Job no fuera bastante para sobrellevar tan continuos disgustos é incomodidades; y, en este caso, no queda otro medio que el de abandonar á una persona tan pesada y fastidiosa.

Compadezco de todas veras á los que se ven en la dura precision de vivir en compañía de semejantes personas; pero debiéramos averi-

guar, ante todo, si los mismos que califican á los demás con tan duras frases, incurren, acaso, en el propio ó en mayores defectos. La nuera, por ejemplo, califica de indiscreta á la suegra, la mujer se queja de la conducta del marido, los hijos dicen que su padre es demasiado severo, y así sucesivamente; pero todos estos no se cuidan ni aperciben de los defectos que sin duda les acompañan. A veces, echamos de ver una débil paja en el ojo de los demás, y no vemos una viga en el nuestro. Damos á otros la culpa de las discordias y desavenencias, cuando, tal vez, nuestro carácter insoportable y nuestros vicios han sido el origen de semejantes disgustos.

Pero supongamos, hermanos míos, que sea cierto todo cuanto decís; y ¡qué! ¿por ventura pretendéis ir al cielo, sin sufrir trabajos ni penalidades de ninguna clase? Os engañais completamente, dice el Apóstol. Es la voluntad del Señor, que ejercitando la paciencia en sufrir ajenos defectos, os hagais merecedores de conseguir el cumplimiento de las divinas promesas: *Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem* (HEBR. X, 36). Solo las tribulaciones pueden conducirnos con seguridad al reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei* (ACT. XIV, 21).

Voy á terminar, hermanos míos, con una excelente observacion de Sto. Tomás. Parece muchas veces, dice, que los pecadores, y aún los mismos idólatras y gentiles, viven tranquilos, y en plena paz, union y concordia. No lo creais; esa union es ficticia, esa paz es aparente. La concordia y la paz verdadera, que se funda en la caridad, no puede existir jamás donde no tiene cabida la gracia santificante. Procurad, pues, vivir en el santo temor de Dios, poned un cuidado especialísimo en observar fielmente sus santos preceptos, y entónces estad seguros, de que la concordia reinará en vuestra casa: *Pax multa diligentibus legem tuam* (PSALM. CXVIII, 165): por esto las familias que viven en medio del desórden, y que van allegando pecados sobre pecados, viven siempre en guerra, y, finalmente, se precipitan á su perdicion eterna: *Non est pax impiis, dicit Dominus* (Is. XLVIII, 22). La paz y el temor de Dios andan siempre juntas, como la discordia y el pecado. Procurad, por consiguiente, evitar lo que es causa y origen de la discordia, si quereis apartar de vuestras familias este gravísimo mal, y prepararos para conseguir la gloria eterna, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FAMILIA.—Hay cabezas de familia que establecen su familia por medio de injusticias.

Hay cabezas de familia que desconciertan su familia con sus desórdenes.

Hay cabezas de familia que corrompen su familia con sus malos ejemplos.

FAMILIA.—La piedad de todos los que constituyen una familia cristiana atrae las bendiciones de Dios.

La subordinacion de los más débiles por sexo y por edad establece y conserva la paz en las familias.

FAMILIA; véase: INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN EL SENO DE LA FAMILIA;—Y ORACION HECHA EN COMUN EN LAS FAMILIAS.

FAMILIARIDAD; véase: AMISTAD.

FAVORES ESPIRITUALES; véase: GRACIA.

FAVORES TEMPORALES; véase: PROSPERIDAD.

FÉ.

(NECESIDAD DE LA)

I.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XI, 6.)

En nuestros dias, el hombre quiere medirlo todo con el compás de su pobre razon, y solo consigue abrumarse bajo el peso y la grandeza de los objetos, que tiene la temeraria presuncion de comprender en su limitada inteligencia. Se le destina á ser grande por medio de la creencia y de la práctica de cosas grandes; y el hombre se empequeñece voluntariamente, acomodando á su baja estatura los cielos y la tierra. Ved ahí el mal, el cáncer de la sociedad actual. No debemos buscar las mayores desgracias de nuestra época en los infortunios materiales de que se ve ó puede verse rodeada, sino en la incredulidad, ó en la indiferencia en que vive, materializada por comple-

to, y adherida al absurdo principio, de que solo debe creerse lo que está al alcance de los sentidos. Su ruina ó destruccion no ha de ser obra de la pobreza, ni de la guerra, como temen muchos, sino de la falta de creencias. Este mal ha llegado á su colmo, y es preciso aplicar, sin pérdida de momento, el remedio más eficaz para salvarla. Este remedio es la fé: es necesario creer: es necesario que el hombre y la sociedad se sometan á otras verdades fuera de las que están al alcance de la ciencia humana. Esta necesidad de fé, tanto en el orden humano, como en el orden sobrenatural, será el objeto del presente discurso. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fé consiste en prestar asentimiento á verdades que están fuera del alcance de nuestros sentidos, y son superiores á nuestra razon; y el prestar este asentimiento es tan indispensable al hombre, como que toda su vida fluctúa en la necesidad de creer lo que no ha visto, y lo que no puede comprender. Fijemos, por un momento, la atencion en nuestra vida, y se verá que, ora se nos considere como hombres, sin referencia alguna á la religion, ora se nos considere como cristianos, no vivimos ni podemos vivir sin fé. Nosotros no sabemos que aquellos á quienes amamos como autores de nuestro sér, son verdaderamente nuestros padres, sino porque nos lo aseguran. Tampoco sabemos, cuando niños, que el alimento que tomamos es sano, sino porque nos lo dicen. Cuando empezamos los estudios, no hacemos más que prestar crédito y autoridad á los autores que leemos y á los maestros que nos enseñan. Si amamos, es porque tenemos fé en ser correspondidos; si vivimos en sociedad, es porque tenemos fé en los individuos que la constituyen: dormimos tranquilos en nuestras casas, porque tenemos fé en la honradez y probidad de los que están en nuestra compañía; y aun emprendemos negociaciones mercantiles porque tenemos fé en los dependientes y corresponsales. Examinad atentamente todos nuestros actos, y vereis que no hay en la vida humana uno siquiera, en que, de uno ú otro modo, no intervenga ó sea necesaria la fé.

Cuando empredeis un viaje y os embarcais para Francia ó para Inglaterra, ¿cómo sabeis que existen estas naciones? ¿Las habeis visto? Leeis la historia, y hablais de Anibal, de Carlo Magno y de otros personajes célebres. ¿Los habeis conocido? ¿Por dónde os consta que estos personajes existieron? Los que estais en posesion de algunas fincas, ¿cómo sabeis que estas fincas son verdaderamente vuestras, y que no son usurpadas? Y si obedecéis á las autoridades constituidas, ¿es acaso porque hayais visto las credenciales que las autoricen para